





LEYENDAS DE ANIMALIA  
RAMÍREZ Y EL VOLCÁN



Víctor Fernández García

LEYENDAS DE ANIMALIA  
RAMÍREZ Y EL VOLCÁN



Primera edición: julio 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Víctor Fernández García

© Ilustraciones: Vlad Strange

ISBN: 978-84-18828-38-6

ISBN digital: 978-84-18828-39-3

Depósito legal: M-20560-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para Chi y Husk*



# MAPAS





## CAPÍTULO 1

El canto de un pajarillo hizo que Ramírez abriese los ojos de par en par.

Su familia aún roncaba, fue lo primero que constató.

Nunca había tenido muy claro de dónde sacó los genes que le hacían despertarse como si un oso hormiguero husmease con la trompa en lo más profundo de su cabeza.

Apartando las sábanas con un movimiento ágil, se puso en pie, tambaleándose por la brusquedad de la acción.

A su alrededor, la amable y conocida visión del hogar. Un lugar austero pero cálido, en el que destacaba como único ente en movimiento el humo que emanaba de las brasas usadas para la cena del día anterior.

Acariciaba la base de la estantería ubicada sobre la chimenea, escalando por el lomo de los pocos libros que los suyos conservaban como un tesoro.

Sacudió la cabeza y se acarició la trompa para limpiar sus bigotes.

Unas migas de pan cayeron al suelo, y el diminuto sonido provocó que su padre emitiese una sonora protesta dentro de su ya quejumbroso sueño.

Por la ventana entraba el sol a raudales. Se aproximó a ella para otear un poco el exterior. El rayo golpeó su torso, al que Ramírez dirigió la mirada, complacido por la nueva irrupción de calor en su pelaje desde que abandonó sus sábanas.

Pero la agradable sensación duró tan poco como los instantes que tardó Enriqueta en propinarle un escobazo que inundó de polvo los alrededores de su campo de visión.

—¡Despierta de una vez!

Ramírez se puso a orquestar una respuesta a la altura de la repelencia de la voz de su joven vecina, cuando un segundo escobazo directamente le devolvió al lecho.

—Maldita seas, *Repelencia* —masculló para sus adentros. Eso reforzó su ánimo, pues no había nada mejor que despertarse llamando así a Enriqueta. Sin embargo, no contuvo lo suficiente el ímpetu en su pronunciación, y pronto se encontró dando bofetadas a la escoba de la joven ratona, que, entrando por el gran ventanal, no parecía ostentar demasiadas dificultades en acertar en el blanco.

Era uno de los habituales despertares en Villa Bigotes. Al menos, lo era para el intrépido Ramírez.

Se jactaba de hacerse calificar de ese modo, consciente de que el único factor que no lo demostraba a los cuatro vientos era su corta edad.

«Mediana», precisó su mente en el momento más inoportuno, dado que el combate contra la escoba se encontraba en un punto crucial.

Sacudiendo la cabeza para acabar de desperezarse, salió por la ventana a gran velocidad y, agarrando la escoba con ambas manos, hizo que el obeso cuerpo de Enriqueta se viese catapultado al suelo.

Mientras se alejaba de la escena, los gritos de su vecina no hicieron más que reforzar la palabra con la que se despidió de su casa por una nueva jornada.

—Repelencia —esgrimió un Ramírez orgulloso por la resolución de la contienda.

Frente a él, barreras de césped, altas como el más alto bloque de su hogar, delimitaban Villa Bigotes con Villa Bigotes Largos.

Una zona salvaje en el que las aventuras se sucedían como torrente de río.

Un territorio maravilloso donde la belleza del bosque no admitía comparación con los aburridos campos de cultivo de la tierra que le vio nacer.

Un reino en el que, según se decía, había nacido una ratona de tal belleza que había sido adoptada por el mismísimo rey.

El corazón de Ramírez palpitaba fuerte mientras sus ojos se humedecían tan solo con imaginarla.

—¿A dónde crees que vas? —lo mismo de cada escapada, pensó el joven ratón. A un lado, su madre y Enriqueta esgrimiendo por todo lo alto sus escobas. Al otro, la emoción tras unos pocos arbustos.

Sonriendo mientras clavaba la vista de reojo en dirección a lo segundo, se escabulló. Los sonidos del agua de la cascada eclipsaron enseguida los berridos de Enriqueta y su madre.

Todo, comenzando por los olores, fue mutando y trayendo consigo una sensación de libertad.

Ramírez había olvidado su equipamiento con la rápida huida, pero si de algo no adolecía era de imaginación. En apenas unos instantes, se hallaba deshojando una rama de adecuadas proporciones para su cometido, que no era otro que hacer las veces de espada corta.

Mientras esgrimía su flamante nueva arma por los alrededores, no tardó en toparse con algunas cortezas de árbol caídas.

—He aquí mi escudo —pronunció solemnemente mientras lo alzaba hacia un gigantesco ojo. Este lo miraba curioso y expectante.

Ramírez vació de tal modo sus pulmones que la colosal criatura dio un respingo. Pese a ello, no se movió de su posición. En lugar de eso, olfateó con intensidad el aire que la separaba de Ramírez, mientras entrecerraba los ojos como calibrando la información que recibía.

—Pareces valiente... —la voz que emanó de aquellas fauces sorprendió al joven ratón. Era dulce, aguda y no carente de armonía. Rota, como gran parte de la dentadura que dejó entrever mientras proseguía con su discurso—. Esta es prácticamente zona de nadie. ¿Qué te trae por aquí?

Ramírez sopesó por un momento su respuesta.

Colocando ambas manos en la cintura, tomando aire hasta sentirse con el pecho bien hinchado, respondió.

—¿Acaso no gozo de la misma libertad que tú?

La risa de la criatura sacudió su musculatura, así como el pelaje negro que la cubría por completo, a excepción de zonas puntuales de impoluto blanco.

—¡Esa es la actitud! —exclamó mientras hacía ademán de golpear con su zarpa derecha a Ramírez. Fue lo único que el ratón atinó a ver, pues antes de que el ademán se convirtiese en acción su cuerpo ya había mordido el polvo.

Apresuradamente, se puso en pie solo para volver a caer proyectado. Cuando el ritual se hubo repetido por varias veces, el ratón pataleó impotente en suelo.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? ¿Quién te crees que eres?

La criatura se relamía por ese entonces la tripa blanca. Abría tanto los ojos que la situación, de no ser por su amenazador tamaño, resultaba incluso cómica. Cuando hubo terminado con esa tarea, pasó a afilarse las uñas a bocados.

Aunque no por ello dejó de hablar.

—¿Me vas a decir que no tienes ni idea de quién soy?

—Solo sé que te faltan modales —respondió el ratón, de nuevo en pie y con los brazos en su cintura.

—Interesante... ¿Qué hay de los tuyos, ratoncillo? Aún ni nos hemos presentado.

En ese instante la criatura se irguió en sí misma.

Súbitamente, un aura de noble elegancia pareció rodearla.

—Puedes llamarme Lyla.

El ratón paseó su lengua entre sus mandíbulas apretadas. Se sentía molesto, pero aquello no era motivo para dejar de ser cortés.

—R... Ra... Ramírez —pronunció mientras agachaba la cabeza. Más un balbuceo que un sonido. Más un tartamudeo que otra cosa.

—¡Habrase visto semejante actitud! A buen seguro conquistarías a Dalamy solo con presentarte ante ella de este modo.

Mientras Lyla se partía de risa boca arriba sobre unos matojos, Ramírez condujo su mano al mentón adoptando una pose sumamente reflexiva. «¿De qué conocería esa criatura a la más bella princesa?». Pensaba y pensaba en torno a ello cuando de pronto se sintió el más tonto de los estúpidos. ¡Pues claro que conocía su nombre! Todo el reino fue informado de su adopción por parte del rey Husk y *lady* Lyla.

Pasaron unos segundos realmente tensos en los que la cara de Ramírez fue sonrojándose más y más. Atreviéndose a alzar un poco la mirada, adivinó las largas cejas de la reina gata arqueándose en señal de curiosidad y sorpresa.

En cuanto pudo reaccionar, el joven ratón hincó una rodilla al suelo, agachando la cabeza en señal de sumisión.

—¿A qué se debe este cambio de actitud? —dejó ir la noble felina.

—Lo..., lo lamento, mi reina. Es que los asuntos de

Villa Bigotes Largos apenas nos llegan a Villa Bigotes — Ramírez maldijo para sus adentros, pues cada vez lo estaba estropeando más. Trató de explicarse, una vez más—. Si no sabemos exactamente cómo son nuestros propios vecinos, imagínese nuestros...

—¿Gobernantes?

Mientras se sucedían de nuevo silenciosos instantes cargados de tensión, Ramírez asintió tímidamente mientras tragaba saliva. Aquello produjo que se atragantase y comenzase a toser como si no hubiese un mañana.

Esta vez la risa de Lyla dio paso a las carcajadas.

Cuando ambos se hubieron repuesto de sus respectivos episodios, la reina Lyla se estiró en la hierba colocando su cabeza encima de una de sus patas.

—Sin embargo, he visto tu reacción cuando he pronunciado el nombre de mi hija. No es la reacción habitual de alguien a quien la existencia de Dalamy pasa desapercibida.

Una vez más, el sonrojo fue escalando en intensidad en el rostro del ratón.

—Yo... leí una vez... —la mirada curiosa de la gata fue transformando sus pupilas. Si desde buen inicio se habían mostrado como dos grandes redondeles negros, ahora estrechaban su silueta revelando diferentes tonalidades de verde, azul e incluso amarillo. De algún modo, Ramírez se sintió alentado a continuar, a soltarlo todo—. Leí que la belleza de la princesa Dalamy no tenía parangón. No es que me baste con eso para volverme loco, pero es que, verá... De algún modo estoy convencido